LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 24 DE MARZO DE 1890 — NÚM. 430

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA VIRGEN Y EL NIÑO cuadro de Giorgione

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA VIRGEN Y EL NIÑO, cuadro de Giorgione

Esta obra del célebre pintor italiano es de las que impresionan dulcemente á quien las contempla: no hay en ella esos rasgos que sorprenden por lo atrevidos ó por lo originales, pero en cambio abunda en sentimiento y cautiva por lo sencilla, cosas ambas que, unidas al sello místico impreso en los rostros de la Purísima Madre y de su Divino Hijo, responden perfectamente á lo que debe ser la pintura religiosa, como así lo comprendieron los grandes pintores de la edad de oro de este género hoy relativamente poco cultivado.

EL NIÑO Y LA CIGÜEÑA

dibujo de Carlos Froschl

De Froschl publicamos en uno de nuestros anteriores números un primoroso dibujo, cuyas bellezas hicimos notar y que denotaba en su autor cualidades excepcionales de dibujante. De distinto género que aquél, pero no menos notable, es *El niño y la cigüeña:* la figura del semidesnudo rapazuelo está tan bien concebida y tan felizmente ejecutada, que á pesar de aparecer colocada de espaldas, con poco esfuerzo se adivinan las líneas de su rostro y aun la expresión de curiosidad que lo anima al contemplar á la zancuda ave de blanco plumaje y pico desmesuradamente largo; y en cuanto al paisaje bien se echa de ver que quien lo dibujó es digno del renombre que Carlos Froschl ha sabido conquistarse.

PSYCHÉ Y LA MARIPOSA

cuadro de Guillermo Kray

Nacido en Berlín en 1830, Guillermo Kray se dedicó en su juventud á la orfebrería que pronto abandonó por la pintura: en la Academia de su ciudad natal aprendió de Guillermo Schimmer los efectos de color y de luz que tanto se celebran en sus cuadros, y el arte de pintar los tipos de hermosuras meridionales hacia los cuales mostró siempre especial predilección. Después de residir dos años en París, en donde intimó con los representantes de las tendencias románticas, dióse á conocer como notable retratista, pintando, entre otros, el retrato del que más tarde fué emperador Guillermo I de Alemania. En 1867 se dirigió á Italia, y durante los seis años que permaneció en las poéticas y artísticas regiones de aquella península, halló en ellas inspiraciones sin cuento que se tradujeron en multitud de obras á cual más valiosas. El mar, sobre todo, cautivó al artista berlinés, pero no el mar que sirve de tema á la generalidad de los autores modernos, sino el mar que despertaba en él sus antiguos entusiasmos románticos, el mar que oculta entre sus ondas á las ondinas y á las nereidas, á las náyades y á las sirenas.

Sus cuadros *Loreley*, *Ave María*, *Noche en el golfo de Nápoles*, *Sueño de amor*, *El sueño del pescador* y en particular *Psyché y la mariposa*, cuyas bellezas pueden apreciar nuestros lectores en la reproducción que de él publicamos, son el encanto de inteligentes y aficionados y aseguran la inmortalidad al ilustre artista que falleció en 29 de junio de 1889.

ENTRADA DEL PRÍNCIPE DE VIANA EN BARCELONA (1461)

cuadro de Ramón Tusquets

Carlos de Aragón, más conocido con el título de príncipe de Viana, nació en Peñafiel en 1421. Poco después de muerta su madre, D.ª Blanca de Navarra, su padre, D. Juan II de Aragón, contrajo segundas nupcias con D.ª Juana Enríquez, hija del almirante de Castilla, siendo este enlace causa de grandes desdichas para el infortunado príncipe, y de no pocos disturbios y revueltas en el reino. D.ª Juana, envidiosa de la suerte de su hijastro, que por derecho había de ceñir algún día la corona aragonesa y que había heredado de su madre el reino de Navarra, no perdonó medio alguno para indisponerle con su padre, y tan bien consiguió su intento, que la historia del malogrado Carlos fué una no interrumpida serie de luchas y de persecuciones que no fueron bastantes á evitar, ni á aminorar siquiera, su bondadoso carácter y la humildad con que procedió en todas ocasiones. Contaba el príncipe cuarenta años y estaba en negociaciones para casarse con Isabel, hermana de Enrique IV de Castilla, cuando su padre, que deseaba á la infanta para su otro hijo Fernando, mandó encerrarle en un castillo de Lérida, en donde á la sazón ambos se encontraban. Los catalanes, en vista de tantos infortunios en el de Viana y de tanta infamia en Juan II, se sublevaron contra éste y le persiguieron hasta Fraga, y habiéndose propagado la rebelión por Navarra, Aragón, Valencia y Sicilia, el monarca, temeroso de perder su corona, puso en libertad al príncipe, que hizo su entrada triunfal en Barcelona el día 24 de junio en medio del mayor entusiasmo de la ciudad entera, y que á los pocos meses falleció según se cree envenenado por su pérfida madrastra.

Explicado, aunque forzosamente á grandes rasgos, este episodio de nuestra historia, se ve cuán acertado ha estado el Sr. Tusquets al pintar la entrada del príncipe en Barcelona. El desgraciado Carlos expresa maravillosamente en su abatido rostro y en la postura de su cuerpo, más que sentado caído sobre el caballo, los grandes sufrimientos de su alma y en los trompeteros, pajes, palafreneros y gente de la ciudad, desde la noble dama al plebeyo rapaz, se ve el entusiasmo, la alegría que les produce la presencia de aquel que tuvo siempre en los catalanes partidarios tan ardientes como cariñosos. Además, hay en el lienzo de nuestro renombrado paisano tanta vida, tanta verdad, tan perfecto conocimiento del hecho histórico y del carácter é indumentaria de la época en que éste ocurrió que, aun sin aquellas excepcionales cualidades, bastarían estas para colocar á la obra que nos ocupa en el número de las mejores producidas por el arte patrio contemporáneo.

EN EL BAÑO

cuadro de H. Siemiradzky, grabado por Bong

Los que comparen este cuadro con la *Cremación del cadáver de un caudillo idólatra en la Rusia oriental* que publicamos como suplemento artístico en el número 399 de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, comprenderán una vez más la verdad de lo que en tantas ocasiones hemos dicho, á saber: que para los pintores de genio la especialidad no existe y que les basta querer para producir bellísimas obras en los géneros más distintos.

Siemiradzky, que en el citado cuadro nos admiró por la grandiosidad del asunto, por lo complicado de la composición, por la pintura de pasiones propias de una edad y de un pueblo bárbaros y por la exuberancia de típicos y extraños accesorios, ahora nos cautiva con una escena sencilla, apacible, sobria en accesorios y en figuras, que se desarrolla en un rincón lleno de poesía y embellecido por todos los atractivos que la naturaleza ofrece en los privilegiados países del mediodía de Europa.

Examinando ese retirado sitio sombreado por frondosos árboles, se comprende que aquellas hermosas jóvenes lo hayan escogido para bañarse sin temor á miradas indiscretas; contemplando el lienzo se advierte en él tanta naturalidad y tanta vida que no parece sino que el pintor sorprendió aquel delicioso conjunto y por arte mágica lo trasladó instantáneamente á la tela, robando al paisaje sus bellezas y á las muchachas sus misteriosos encantos.

BAILARINA EGIPCIA, cuadro de L. C. Muller

En Egipto la danza está reservada exclusivamente á bailarinas de profesión y se reduce á ejercicios mímicos, excepción hecha de la danza del vientre, que con ser la más celebrada y la más difícil es indudablemente la que menos responde al carácter de la coreografía. Las bailarinas forman una casta especial y se dividen en dos clases, una de condición elevada, que sólo ejecuta sus trabajos en las casas principales y con ocasión de grandes solemnidades, y otra de más baja estofa que luce sus habilidades delante de la gente del pueblo y en los sitios públicos.

A esta última pertenece la de nuestro grabado, que en una miserable cabaña adosada á un macizo de palmeras entretiene con sus extravagantes y voluptuosos movimientos al numeroso concurso que admirado la contempla.

El cuadro de Muller, como todos los de este pintor que reproducen escenas de la vida egipcia, tiene un color local que sólo puede reflejar el lienzo cuando el artista ha ido á inspirarse en los mismos lugares que trata de reproducir, y á estudiar sobre el terreno los tipos y las costumbres que quiere representar.

AVENTURA DEL PEJE Y DE LA SIRENA

I.

Suplico al magnánimo lector, y le suplico más cuanto más erudito sea, que me lea con la atención posible; pues si la gente indocta, por no decir ordinaria, niega las cosas más evidentes, no deben hacerlo aquellos á quienes no sorprenden los fenómenos de la naturaleza tan inagotables é imprevistos como la naturaleza misma.

La cocinera de mi casa, cuyo nombre es Tomasa, y que participa mucho de las incredulidades de su Santo patronímico, no puede persuadirse de que esta bola que se llama *La Tierra*, ande rodando por el espacio con vertiginosa rapidez, porque (lo que ella dice) «si así fuera se caerían al suelo todos los peroles de mi cocina.»

Pero notorio es que yo no escribo para gente menuda ó atrasada é incluyo en este último calificativo á muchos sabios de la antigüedad, que si ahora resucitasen, nada sabrían.

Porque afirmar Plinio y Eliano, y más traseramente el Padre Feijóo, que no ha habido hombres peces ó séase peces racionales, es lo mismo que suponer que no han existido los cerros de Ubeda y demás zarandajas. Pero, ya se ve...

Oye el que ignora, y aprende,
Pero con rebelde labio
El que presume de sabio
Rechaza lo que no entiende;

y estos versos me han venido como pedrada en ojo de... académico, para probar que los sabios de todos los tiempos han soltado al aire una retahila de axiomas basados en su ignorancia, como, por ejemplo, el siguiente:

«Ningún ser orgánico puede existir sin alimento y sin atmósfera»...

Pero ahora viéneseme á las mientes la razón filosiológica que me ha impulsado á llamar magnánimo al lector, siendo así que ignoro quién ó quiénes han de leerme; y cuenta que el tal calificativo no proviene de adulación, sino que es hijo legítimo de mi natural modestia, siendo además retrospectivo; pues el que me lea de pe á pa con las demás letras inclusives, no puede menos de ser magnánimo ó lo que es lo mismo grande de ánimo ó cosa así.

Pues como iba diciendo, el sapo vivo encontrado en el corazón de una piedra calcárea, cuando se derribó el palacio de Juliano el Apóstata, Prefecto de las Galias, cuyos restos (aludo á los del palacio) veíanse no hace muchos años en la Rue de la Harpe, en París; prueba por modo evidente que los animales no necesitan de las superfluidades del aire ni de la nutrición para existir siglos y siglos.

Y como el ser humano es síntesis de todos los seres y cosas de la creación de la tierra; hombres y mujeres, niños y niñas, y hasta sabios, pueden vivir, más latamente que los irracionales, en todos los lugares del planeta.

Y digo esto, no por andar á la greña con los sabios, sino porque si se les creyera, la historia acuática que voy á contar, resultaría agua chirle ó de borrajas.

II.

Que ha habido *pejes* es cosa probada en autoridad de cosa juzgada, y si no, no se diría de algunos sujetos:

¡Buen peje está Fulano!

Exclamación moral ó inmoral que proviene del hecho material y corpóreo de haber existido algunos racionales de temperamento tan linfático que han necesitado para explayarle remojarse continuamente en el mar.

En atención á los muchos incrédulos que existen hoy día, no me apoyo en los tiempos bíblicos, y hago caso mínimo de aquel pescador del mar de Tiberíades, que concluyó por establecer su permanente domicilio en las aguas, y que enamorado ó ganoso de demostrar su destreza en la natación, siguió al bajel trirreme de la Reina de Sabá cuando iba á presentarse á vistas á Salomón, y quedóse putrefacto no bien desembocó en el *mar muerto.*

Mis pruebas son mucho más recientes: están casi vivitas y coleando, puesto que no há mucho vivía y coleaba Francisco de la Vega, hijo extra natural de una moza de cántaro y de un gañán de hacha y capellina de Liérganes; el cual de la Vega, ó dicho con más puridad, del agua, tenía á ésta tal querencia, que pasábase en el mar los días en claro y las noches en turbio, hasta que acabó por acantonarse entre las olas.

Y así chapuzábase en el Océano sin dar cuenta de su remojadísima persona, hasta que temeroso de una ballena de las llamadas *esquimalis*, descarriada en el Cantábrico; dió con sus cuatro remos en el golfo de Nápoles... Aquí encaja también de molde otro pasavolante á los sabios de la hornada de biógrafos, que ya que no han podido negar la fe de vida del susodicho peje, hanla alterado lastimosamente haciendo de uno dos, como probaré inmediatamente. Porque *Pesce Colá*, ó séase Peje Nicolao, bufón marino del Rey Federico de Sicilia, que tanto se divertía con sus rabotadas de tritón, no es otro que el propio y mismísimo Francisco de la Vega, aunque los napolitanos, de suyo frívolos y pretensiosos, háyanle traducido al italiano, dándole por cuna á Catania.

Cosas son estas de eruditos someros, en las que no me detendré por no ofender la buena memoria del peje español, que no pudo protestar de ellas, porque no llegaron á sus húmedas regiones.

Entrar el peje en el golfo de Nápoles y sentir un cosquilleo particular, fué obra de un solo momento. Acostumbrado á las frialdades del Océano, trasporó en él ese *quid divinum* llamado fuego eléctrico, que es la conjunción del fuego y del agua. Chapuzóse en aquellas ondas cálidas con voluptuosidades de sátiro, y ofreció su torso á las caricias del sol con delectaciones íntimas. Y á fe que como estética nada perdió en ello, puesto que sus escamas plomizas tiñéronse de estrías solares, de prismas purpúreos y de cambiantes fosforescentes, sólo vistos en los peces ribereños á Deheli ó Cachemira; tanto, que como el agua por todos lados le servía de espejo, el peje, de tan galán, estuvo á punto de enamorarse de sí propio, á no haber sobrevenido lo que ahora diré.

Fué el caso, que el peje, para calmar los nuevos ardores de su espíritu, se sumergía en hondo muchas veces, y en una de estas fué visto por la Sirena...

III.

Si estuviéramos todavía en la grupa del tiempo como los sabios que también negaron la existencia de estas apreciables hembras músicas, quizá yo participase de tamaño error, pues hasta cierto momento histórico, las sirenas han podido pasar por lucubraciones homéricas. Ni Ulises ni nadie habíanlas visto, puesto que nunca se dejan ver, por razones de este tenor: cuales son, que tienen una cualidad moral y una debilidad física. Consiste la primera en su excesivo pudor que las veda mostrar el siempre desnudo y turgente seno; y he dicho excesivo, en atención á que las nodrizas pasiegas, y otras hembras que le tienen también exuberante y de gran subida, no se andan con tantos remilgos, y danle al aire sin recato. Junto esto á su natural propensión á constiparse apenas se elevan á flor de agua, hace que las sirenas nunca se asomen ni por asomo á la superficie del mar.

Por estos motivos nadie había podido verlas y los sabios no andaban descaminados al negar su existencia, hasta que la probó un caso excepcional; y fué el caso que una sirena retozona y menos que adolescente, del mar de Olissipo (hoy Lisboa) persiguiendo á una marsopla que revolaba sobre las aguas, salió á la cima de estas, y vista por unos pescadores, fué muerta de un flechazo y llevada á la corte del Emperador Tiberio. Desde entonces acá es ociosa toda duda, pues la sirena fué identificada por todo el pueblo romano, hasta que en tiempo de Pio IX, cuando los ejércitos católicos aliados bombardearon á Roma, pulverizóse de susto en el museo del Vaticano, en donde estaba momificada.

Dicho esto para que todos lleguemos convictos al fin de este relato, le prosigo diciendo: que cuando el peje se chapuzó en el mar, sus escamas, grandes, combadas y repujadas de sol hiciéronse tan traslúcidas é irradiaron un halo tan esplendoroso, que parecía que un astro de mayor cuantía habíase despeñado al golfo. Esto, naturalmente, llamó la atención de la Sirena, que vió al Peje.

¡Pobre Peje: nunca le hubiera visto!

IV.

Entonces oyóse un canto, hasta entonces nunca oído, compuesto de letra y de melopea.

Ni yo, ni ningún maestro en el contrapunto, podríamos explicar la susodicha melopea. Era una resonancia resultante del Objetivo universal de la vida, que es *el deseo*, en

la cual se suma toda ella. La armonía, repercutiendo en las capas de agua, hacíase tremante en el éter marino, y vibraba con la sonoridad del cristal golpeado. Pero si bien no puedo expresar la música, copiaré la letra al pie de la *idem*.

Decía así:

Ven á las olas:
Gozarás mis dulces amores
En islas de conchas y flores,
En grutas de ámbar y coral.
¡Oh! ¡ven, mi amado!
Donde el viento las aguas no altera;
Que en el fondo del mar te espera
Amor y placer inmortal.

Aunque esta letra difería de la usual metrificación española é italiana, labró hondo en el Peje que no estaba en situación de reparar en pelillos. Parecióle la cosa más maravillosa que había escuchado hasta entonces, no sólo por su bondad ingénita, sino por su origen; pues se originaba en unos labios sonrosados que graciosamente se movían. Además, veía de alto á bajo un rostro hermosísimo, un seno parecido al de la esposa del *Cantar de los cantares* y sobre todo unos ojos vivos é inmanentes que se clavaban en él.

El Peje, primero quedóse embobado, y tengo para mí que su arrobamiento no dimanaba de la dulzura de la música, sino del instrumento (con perdón sea dicho) que la producía. Notorios son los espejismos que el amor refleja en el espíritu, hasta el punto de crear perfecciones en donde no las hay, á más que en este caso habíalas regaladas en la Sirena; y por esto el Peje, después de su embeleso, dió una brazada como para irse á fondo, si bien luego se contuvo, ya diré porqué.

La Sirena rebullíase abajo, inquieta por el contra movimiento del Peje. No subía ella á él, no precisamente por el natural remilgo de hembra, sino porque en las primeras zonas del mar no podía poner en práctica sus designios, que también diré cuáles eran.

El Peje, con unos cuantos vigorosos empujes alejóse de allí.

Era de ver á la Sirena con el *delirium tremens* del despecho, y más cuando en otras dos distintas ocasiones se repitió la misma contingencia.

¿Por qué huía el Peje?

Adivinólo la Sirena quizá antes que el magnánimo lector, y trató de remediar el fracaso.

Ciñóse un faldellín tejido apresuradamente de baba de caracol, pero como no resultase bastante tupido, se sobrepuso una drulleta de sutiles escamas de peces lunas; todo esto muy amplio, de suerte que la cola servíale de *polisón*, con lo que resultó pintiparada á una damisela de los *boulevares* de París; y de tal guisa ataviada, buscó y topóse con el Peje.

La vió éste y perdió los estribos, es decir la facultad de huir de ella, porque la muy ladina hizo lo que todas las hembras han hecho, hacen y harán hasta la consumación de los siglos, que es ocultar las macas y mistificar las apariencias. Sabido es que la Sirena, como muchas cosas del mundo, comienza bien y acaba mal; quiero decir que principia en un precioso palmito y seno de mujer y acaba en una cola dura, empavonada y sin expresión.

Mientras el Peje vió este feo remate resistió al encanto de las partes superiores. A cada rabotada de la Sirena perdía él una ilusión, lo cual prueba que el amor vive de los ojos y no del corazón, como dicen los poetas.

Tapado el apéndice resultó la Sirena irresistible; pues sucedióle al Peje lo que al común de los hombres con las mujeres, que no se fijan más que en las cosas aparentes y exteriores, dando de barato que las íntimas ú ocultas, son ó deben ser acabadas y perfectas; teniendo en cuenta además que el hombre es un bobalicón que desea que le engañen.

Añádase á esto el instinto de la hembra, que sabe que va labrando en el corazón ajeno, lo cual fortifica el empuje de sus acometidas, y nadie extrañará que esta vez fuese el cantar de la Sirena doblemente meloso y embaucador.

Ven á las olas,
Gozarás mis dulces amores....

decía el ritmo vocal con instrumentación acuática, y lo decía con entonación tan tierna y con *jipios* tan hondos, que el pobre Peje, sintiéndose embelesado, se tiró á fondo.

V

El Gran Federico de Nápoles y todos sus vasallos desde la Playa de la Margelina hasta Catania, no topaban la causa de la desaparición del Peje. Unos suponíanle ahogado en las bravas corrientes que se chocan entre Scila y Caribdis, en donde solía pescar cangrejos azules; opinaban otros que Nicolao ó sea Francisco, sintiendo la nostalgia del Océano, habíase pasado á este mar; pero la creencia más general y por consiguiente la más errónea, fué que el Peje sirvió de pasto á una tintorera, que apareció fenomenalmente en el Golfo napolitano.

Así se escribe la Historia, pues la inocente hembra de tiburón, fué tan ajena como yo á este desavío, pero lo cierto es que el Peje, por muerto ó por ido, fué olvidado, y que aquí terminaría lo poco que de él se sabe, á no haber mediado una casualidad providencial. Aun así se pone de manifiesto la poca consistencia de los sabios y eruditos en sus investigaciones, que con tanto desempolvar ar-



EL NIÑO Y LA CIGÜEÑA, dibujo de C. Froschl

chivos, no han sabido llegar á la Biblioteca ducal de la ciudad de Walz, en el Estado alemán de Storningen Walz. Allí, en la 2.ª tabla del estante 23 de la Sala 4.ª del piso 1.º de la susodicha biblioteca, hubieran encontrado un volumen, de los llamados Elzevir, titulado: *Memorias marítimas del Príncipe de Storningen-Walz*, en donde se refieren las postrimerías del Peje anfibio de español é italiano.

Pero antes de pasar adelante, bueno es que se sepa quién era el tal príncipe, que era nada menos que heredero de su padre el Gran Duque soberano de Storningen-Walz. Como ni el padre ni el hijo tenían mucho que hacer para gobernar á sus escasos vasallos, que sólo se ocupaban en beber cerveza y labrar los campos, dedicábanse aquéllos á ocupaciones científicas. Era el primero, ó sea el Gran Duque, un botánico distinguido, y á él se debe la clasificación de las plantas en paníceas, festucáceas, júnceas, hemerocalídeas, musáceas, orquídeas, balanofóreas, mirabolóneas y papaveráceas; nombres clarísimos, que si bien parecen lo que comunmente llámase una *papa*, han servido de mucho en las investigaciones de la naturaleza. En cuanto al príncipe, aun cuando el Estado de su padre radicaba en tierra firme, consagróse á viajes y estudios marítimos, que le costaron la vida, puesto que la impresión de ver agua continuamente, prodújole una hidrotorax, de la que murió joven y doncel.

Pues dice este príncipe en sus *memorias*, que hallándose en una ocasión recorriendo las costas de Nápoles, quiso observar de cerca el acantilado de Ischia, que está frente á la isla del mismo nombre, cuatro leguas mar adentro. Mandó enderezar el rumbo, y cuando estaban á pocas brazas, oyeron unos lamentos semejantes á berridos, que sobresaltaron la curiosidad de toda la tripulación.

Pero dejo hablar al Príncipe:

«Cuando arribamos – dice – y tomamos suelo en una reducida planicie que hay en el acantilado, topámonos con un ser de figura humana, pero tan contrahecho que no le conociera la madre que le había parido. Tenía el hueso sacro clavado á una peña, sin duda para conservar el equilibrio, y todo su cuerpo estaba cubierto de pústulas sanguinolentas. Como pudo nos dijo quién era, que no era otro que *Pesce Colá* ó *Nicolao*, dado por desaparecido ó muerto. Dijonos también la causa de su malaventura, que es una de las cosas más curiosas de las cosas del mar, con ser tantas.

»He aquí sus palabras prorrumpidas entre gemidos é improperios:

«Atraído por aquella maldita engendro, dejéme caer siguiéndola al fondo del mar, y en vez de encontrarme en las islas de conchas y flores y en las grutas de ámbar y coral, prometidas en la canturia, halléme enredado en unas plantas pulposas, que ciñendo á mi cuerpo sus tentáculos, me sujetaron por completo. No bien vime en tal estado, se aproximó á mí la mala hembra de la Sirena, seguida de otras muchas de su ralea, que me rodearon con bara unda, chacota y risas á revienta carrillos... ¡Quién sabe hasta dónde llega la maldad de la hembra y la sandez del hombre! Parecía desearme aquella bribona y ¿sabéis lo que deseaba con pueril codicia que la arrastró hasta martirizarme? pues fueron mis escamas recias y consistentes del Cantábrico, pulidas y tocadas del sol del Golfo. Aquellas ladronas en cuadrilla, fuéronme descamando desde la nuca hasta los carcañales, dejándome en carnes vivas y agujereado, y hecho esto, á mis mismas barbas, *super escamas meas miserunt sortes*...»

Aquí hay una nota extensa del Príncipe de Storningen-Walz, en la que no se da cuenta y se admira de que el Peje, tan ensimismado en el agua, supiese latín hasta el punto de recordar las sentidas palabras del Calvario.

Pero volvamos al Peje que prosigue diciendo:

«Cuando consumaron su expolio ó el mío, alejáronse en tumulto, y yo quedéme maltrecho y berreando. Pugné por desasirme de mis ligamentos, y lo conseguí, porque el dolor me dió empuje, y sintiéndome libre, traté de buscar el mar alto; pero nadaba con dificultad, pues no hallaba consistencia en el agua que se filtraba en mí como por un cedazo, y cuya parte salitrosa me producía vivos dolores en mis abiertas llagas. Conseguílo por fin y tomé pie en este acantilado. La brisa de la mañana me dió algún alivio y... *Ecce Peje*.»

VI

Terminado este coloquio, quiso el Príncipe prestar auxilios al descascarado Peje, pero fué el caso que éste comenzó de repente á soltar más estrepitosos alaridos acompañados de aspavientos convulsos, motivados en la siguiente causa: eran las siete de la mañana de una de mayo, y en punto á esta hora traspuso el sol un enorme peñasco que había hacia la zona oriental del acantilado, y extendióse por la explanada en donde se hallaban todos. A esta hora y en la estación de primavera, el sol napolitano pica ya como una guindilla manchega, y picóle al Peje de tal guisa en sus heridas que obligóle á rebrincar delirando... Al llegar á este punto declino mi responsabilidad en el Príncipe de Storningen-Walz, y no sé á qué atenerme, por las razones que diré.

El Príncipe tiene fama de veraz y escrupuloso entre los eruditos que han leído sus *memorias marítimas*. Sus exploraciones de las Bocas de Bonifacio en la región de Spitzberg son de rigurosa exactitud, así como también sus estudios costeros del mar de Sicilia; pero con esto y á pesar de esto, dice tales cosas con referencia á su plática con el Peje, que yo sólo me atrevo á dudar de ellas.

Porque pase que el Peje pudiese haber proferido la frase latina, antes mencionada, en atención á que Francisco de la Vega, si bien hijo de un destripa terrones, fué nieto de un sacristán, y algo se le pegaría de su abuelo antes de domiciliarse por completo en el mar; pero pensar que un peje que pasó su edad florida en el agua, lejos de profesores, bedeles y toda clase de libros, pudiera expresarse tan hondo y alambicado como dice el Príncipe, es pensar en las Batuecas. Yo tengo para mí que éste quiso bordar su relato con algunos adornos de su cosecha. Ahora, y salva la parte, ahí va lo que dijo el Peje, en tono propio de orate:

«Ese es el misterio: el mal encadenándose al origen de la vida, que es la hembra, de la que ha nacido la creencia en los demonios. San Ambrosio dice que toda hembra al nacer nace con mil doscientos diablos pegados á su cuerpo, que van multiplicándose por mil doscientos en cada año que aquélla avanza en la vida. El primer eslabón de la cadena del hombre empieza en Eva, y pasando por toda clase de hembras, terminará en la madre del Antecristo, que no será hijo de espíritu foleto, íncubo, súcubo, trasgo ó demonio, sino de mujer. Y cuenta que le llamo *Ante* y no *Anti*, como pretenden algunos, porque no es *contrario*, y sí precursor, no del Cristo Redentor que ya ha venido, sino del Cristo Juez que ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.

»El primer hombre fué el primer culpable y la primera víctima...»

Aquí vuelvo á interrumpir las palabras atribuídas al Peje, pues aunque resucitara el Príncipe de Storningen-Walz, y puesto en cruz ó á la coxcojita me jurase que eran verdaderas, yo no las creería; y si las consigno es á beneficio de inventario que pueda hacer de ellas la gente docta y escudriñadora.

Pues dice que dijo el Peje:

«El primer hombre fué el primer culpable y la primera víctima en el punto en que quiso dilatar la sensación de la vida al infinito, sacándola de su propio ser en que estaba absorbida. Gozaba con claridad de todas sus emociones, porque las extendía á todas partes abarcando los secretos de la creación desde la titilación del astro, hasta la elaboración del hongo; pero *rebelde del amor*, como Luzbel lo había sido *del orgullo*, quiso materializar su espíritu, creó la hembra y... *Cataplúm*...»

No pudo el Peje explanar su pensamiento. Agitóse de pronto con movimientos convulsivos, porque la comezón que el sol, cada vez más activo, producía en sus llagas púsole fuera de sí.

Soltó un grito que dicen que sobresaltó á los pescadores de la isla de Prócida, y que atronó por más cercano al Príncipe y á los marineros que le acompañaban, y luego, desprendiendo el hueso sacro del peñón en que le tenía clavado, ganó de dos rebotes el borde del acantilado, exclamando:

«¡Prefiero el tormento de la sal al tormento del sol!»

Y tiróse al mar de cabeza.

Pero antes dice el Príncipe que también prorrumpió el



PSYCHÉ Y LA MARIPOSA, cuadro de Guillermo Kray



ENTRADA DEL PRÍNCIPE DE VIANA EN BARCELONA (1461), cuadro de D. Ramón Tusquets

Peje en los siguientes versos que le acreditan de superno poeta, y que, por lo agudos, claváronse en la memoria de Su Alteza:

Que al verme nadie se queje
De su miserable estado;
Antes era yo un buen peje
Y hoy me encuentro descamado
Y partido por el eje;
Que mientras haya sirenas,
Que sepan ó no nadar,
Sufrirá el hombre estas penas,
Bien del suelo en las arenas,
Bien en las olas del mar.

F. MORENO GODINO

UN CUENTO DE MI NIÑERA

(Conclusión)

– Yo, interrumpió la más pequeña, oí tan bárbara orden, la comuniqué á mis hermanas y huimos de la corte. Ya hace tres años que vivimos en esta casita adonde nos encaminó una hada protectora de todos los desdichados, la cual nos concedió también el don de convertirnos en paloma. Merced á esta facultad de cambiar de forma nos procuramos lo necesario para la vida. Muy lejos de aquí existe un río ignorado de todo el mundo, cuyas arenas son de oro. Nuestro rápido vuelo nos permite llegar al río en muy poco tiempo. Cogemos con nuestros picos unas arenitas de oro que después vendemos. Nada pues te faltará á nuestro lado. Eramos siete, desde hoy seremos ocho.

Después las siete niñas acercáronse á Roberto y una tras otra dijeron dándole un abrazo y estampando un beso en su frente:

– Hermanito, bien venido seas á la casa de las princesitas palomas.

Transcurrieron dos años.

Una noche la cruel madrastra de Roberto soñó que éste no había muerto.

Asustada fué á preguntar á una bruja á quien ella conocía, si su sueño era cierto.

Por boca de la bruja supo que su escudero la había engañado, que Roberto vivía y el sitio en que se hallaba.

Desde entonces no tuvo un momento de reposo y no cesó de pensar, hasta que por fin halló un medio que para siempre la librara del odiado Roberto.

Se disfrazó de vendedora de puntillas y encajes y se encaminó hacia la casita de las siete princesas.

Sabiendo por la bruja que las niñas tenían la facultad de trasformarse en palomas, esperó el día en que éstas habían de ir al río en busca de las arenitas de oro, y cuando las vió salir entró en la casa.

Roberto tenía un defecto, era algo vanidosillo.

La astuta madrastra, conociendo su defecto comenzó por halagarlo.

– Joven, el más hermoso de la tierra, dijo, ¿quieres comprarme un espejito en el cual puedas contemplar esos tus ojos más hermosos y brillantes que el mismo sol, ese tu nacarado cutis, tus labios de coral, tus dientes de perlas y tu negra rizada y abundante cabellera?

– ¿Para qué quiero espejo? contestó Roberto. ¿Qué mejor espejo que el que me dan las aguas del cercano arroyo?

– Tan discreto eres como hermoso; razón tienes, el espejo que te ofrezco es mezquino é indigno de reflejar tu imagen, pero si yo misma reconozco que debes despreciar el espejo que te ofrecí, también reconozco que entre mis mercancías hay alguna que de perlas te sentaría. Mira qué hermosa gola: ¡cuán hermoso estarías si con ella adornaras tu cuello!

La vanidad se apoderó de Roberto. Miró la gola y dijo con tristeza:

– Muy linda es, pero no tengo dinero para comprarla.

– Tanto me admira tu hermosura que te la ofrezco si me concedes lo que voy á pedirte.

– Pero si nada puedo darte, replicó Roberto.

– Déjame que te la coloque y tuya es la gola.

Roberto cedió al deseo de verse tan engalanado y peripuesto.

La madrastra entonces fué á colocarle la gola y con ella le apretó tanto la garganta, que el rostro de Roberto púsose rojo primero, amoratado después, hasta que el vanidoso joven cayó desvanecido al suelo.

La madrastra, creyéndole muerto, huyó precipitadamente.

Momentos después llegaron á la casita las hijas desdichadas del rey del Liliput.

Al ver á Roberto tendido en el suelo, lanzaron todas un grito de dolor.

Se acercaron á él, vieron que lo que le ahogaba era la gola y la cortaron.

Roberto volvió á la vida después de cariñosos cuidados que le prodigaron sus hermanitas, como las llamaba.

Las princesitas le dijeron, cuando él les hubo contado lo que le había ocurrido:

– Eso te enseñará á no ser fatuo y á desconfiar de quien no conozcas. La que tomaste por vendedora de espejitos, cintas y golas, era tu madrastra que supo que vivías aquí y se disfrazó para darte muerte. Ahora ya estás advertido: en adelante no dejes entrar á nadie cuando no estemos nosotras.

Algunos meses más pasaron: la condesa volvió á tener el mismo sueño; por segunda vez acudió á la bruja y nuevamente comenzó á idear un medio para dar muerte á Roberto.

Su maldad no la sugirió medio alguno. Quería emplear la astucia, pero la impaciencia y la envidia embotaban su inteligencia y no vió más medio que acudir á la fuerza.

Llamó á dos de sus servidores, y les ofreció grandes riquezas si la acompañaban á la casita en que vivía Roberto y le daban muerte ante sus ojos.

Movidos por la codicia cedieron los servidores y acompañando á la infame madrastra encamináronse hacia la casita en que habitaba Roberto.

Como la vez pasada, salieron las palomas en busca de sus arenas de oro. Cuando hubieron salido, uno de los servidores llamó con el pomo de su puñal á la puerta de la casa. Nadie contestó.

Roberto, escarmentado por lo que le había pasado cuando el lance de la gola, á nadie abría. Los escuderos entonces forzaron la puerta, entraron en la casa, fueron en busca de Roberto y éste vió con terror y espanto á su madrastra que con los ojos inyectados en sangre gritaba con voz que más que voz era un rugido de hiena que olfatea la sangre:

– Al fin, vas á morir: por esta vez no te salvarán las princesitas palomas. Sujetadle, dijo á sus servidores; quiero yo misma clavarle un puñal en el corazón.

Los servidores obedecieron la orden; arrojaron al suelo al desdichado Roberto, le sujetaron fuertemente y entonces la condesa se abalanzó sobre él, como un tigre sobre su presa, y con una rabia del infierno le clavó un puñal en el pecho.

Revolvió después el arma en la herida y no se cansó de apretar hasta que la caliente sangre salpicó su rostro que en aquel momento no era rostro de mujer, sino de furia del averno.

Roberto lanzó el último suspiro.

La condesa entonces se levantó y dijo:

– Ya no robarás á mi hijo el título de señor de Altesaní y conde de Brián.

Alejóse de aquel lugar y sin sentir remordimiento se dirigió hacia su castillo.

Algunas horas después volvían las diminutas princesas á su casita.

Imposible es describir su desesperación al ver el cadáver de Roberto.

Quisieron arrancar de la herida el puñal y no pudieron; las fuerzas reunidas de todas no lo lograron. Entonces pensaron dar á su hermanito sepultura digna de él.

Recogieron muchas arenas de oro, las fundieron y con ellas hicieron una caja, que cubrieron con una tapa de cristal, y en ella encerraron el cuerpo de Roberto.

Entre todas le llevaron al pie de una montaña próxima y en una cueva de estalactitas, que parecían mazorcas de brillantes, depositaron aquellos queridos restos.

Después plantaron al rededor de la caja y á la entrada de la cueva rosales, pensamientos, azucenas, lirios y las más bellas y extrañas plantas, que por milagro de la naturaleza crecían todas y daban abundantes flores de embriagadores perfumes y de brillantes colores.

Decidieron no dejar nunca solo el cadáver, y desde aquel día turnaban las siete hermanas y cuidaban del cadáver de su hermano.

Ernestina la condesa, tres días después de aquel en que había asesinado á su hijastro fuése en busca de la bruja malvada y le preguntó si estaba bien muerto el odiado Roberto.

– Sí y nó, fué la única contestación que pudo obtener de la bruja.

Pasó algún tiempo.

Una tarde la hermana mayor de las siete princesas hallábase vigilando el cadáver de Roberto.

Emilina, que así se llamaba la mayor de las hermanas, había amado á Roberto con un cariño distinto del fraternal.

Mirando el hermoso rostro del que ya no respiraba, decía Emilina:

– ¡Ay, Dios que todo lo puedes! ¿por qué no haces un milagro y le vuelves á la vida?

Apenas hubo dicho estas palabras, oyó una voz extraña y dulcísima que decía:

– Los cielos han dispuesto que Roberto vuelva á la vida el día en que su hermano, el hijo de la que le asesinó, arranque de su herida el puñal que aun en su pecho está clavado y que nadie sino su hermano podrá sacar. Busca el medio de que eso suceda y resucitará Roberto y resucitará amándote.

Calló la voz y Emilina quedóse pensativa.

Si pequeña era de cuerpo, era grande de alma, y decidió que Roberto volviera á la vida.

Para realizar su deseo, nada había que pudiera atemorizarla ni detenerla. ¿Qué podrá detener á una mujer que ama?

Concibió un proyecto y en seguida comenzó á ponerlo en práctica.

Era preciso que el hermano de Roberto la amara. Sola, partió en dirección al castillo de Brián.

Llegó á él en cierta noche en que se había desencadenado una furiosa tempestad y pidió hospitalidad diciendo que unos bandidos después de robarles habían matado á su padre y se disponían á hacer lo mismo con ella cuando sobrevino la tempestad, y los bandidos creyendo oir en el trueno la voz de Dios que se irritaba por su crimen, habían huido despavoridos dejándola abandonada.

Compadecido el conde, recogió á la princesita y así logró ésta entrar en el castillo.

¿Qué mujer, cuando es tan linda como lo era Emilina, no logra hacerse amar de un hombre, si á su belleza se agregan los dones de una inteligencia despierta y clarísima?

Emilina desplegó todas sus gracias, recurrió hasta á emplear la coquetería, y Sancho, que así se llamaba el hijo de Ernestina, cayó en el lazo que le tendían y la amó con todo el fuego de su alma.

Como buen enamorado no se decidía á declarar su amor.

La impaciencia comenzaba á apoderarse de Emilina.

Por fin un día se decidió Sancho y dijo á Emilina lo que su corazón guardaba.

La princesita, pidiendo con el pensamiento perdón á Dios por la mentira que iba á decir, fingió sentir amor á Sancho. Este al creerse amado dijo:

– ¡Oh Emilina! ¡qué felices vamos á ser! Pronto, muy pronto serás mía.

– No tan pronto, replicó ésta. Cuando nací, un mago leyó en los astros mi horóscopo y dijo que no podría casarme sino con aquel que hiciera lo que los astros ordenan.

– ¿Y qué es ello? preguntó Sancho; por imposible que sea, yo he de hacerlo.

– Has de venir conmigo y arrancar del pecho de un cadáver, que yo sola sé dónde está, un puñal que tiene clavado y que nadie pudo arrancar.

– Yo lo arrancaré y una montaña arrancara de la tierra si fuera preciso para alcanzar tu amor.

Partieron Emilina y Sancho sin que nadie les viera salir del castillo.

Al cabo de varios días de andar y andar, llegaron á la cueva en que estaba el cadáver de Roberto.

Sin esfuerzo ninguno arrancó Sancho el puñal que clavó su madre y en el instante volvió Roberto á la vida.

Preguntóle Sancho quién era y entonces Roberto refirió su historia callando el nombre de su padre y el de su madrastra.

Cuando hubo terminado preguntó Sancho:

– ¿Cómo se llama esa mujer infame que te dió muerte?

Díjolo Roberto y al oirlo Sancho gritó: – ¡Mi madre! ¡mi madre! Yo te vengaré, hermano, yo seré la mano que castigue. – Y olvidando su pasión por Emilina echó á correr desapareciendo en un instante de la vista de Roberto y Emilina.

Corrió y corrió sin descanso, y cuando llegó á la puerta del castillo de Brián, vió que llevaba en su mano derecha el puñal que había arrancado del pecho de su hermano.

Entró en el castillo; en su camarín encontró á la condesa y al verla dijo:

– ¿Conoces este puñal? Pues ven á arrancarlo de mi pecho, como yo lo arranqué del pecho de mi hermano en donde tú lo clavaste. Y diciendo esto clavóse el puñal y cayó muerto á los pies de su madre.

Después es fácil adivinar lo que pasó.

Murió la condesa.

Emilina se casó con Roberto y... este cuento se acabó.

. . . .

Con estas ó parecidas palabras me refirió Anselma lo que acabo de transcribir.

Cuando hubo terminado, guardé yo silencio por un momento. Después dije:

– ¡Ay, qué malas son las madrastras! Dí, Anselma, ¿podré yo tener madrastra?

– Desgraciadamente sí, me contestó ésta, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Sin comprender lo que decía, es decir, que mi madre acababa de morir, rompí á llorar estrepitosamente, de miedo, y al ver que Anselma lloraba.

Mi padre entró entonces en el cuarto en que nos hallábamos y dirigiéndose á Anselma dijo:

– Desde ese cuarto he oído el cuento. Por su boca de usted ha hablado el cielo; gracias, Anselma.

Después mientras secaba mis lágrimas: – No llores, hijo mío, yo te juro que no tendrás madrastra.

Mi padre cumplió su juramento.

RAFAEL M. LIERN.

TRAPOS VIEJOS

¿Quién había de decir á nuestros primeros padres que la hoja legendaria con que cubrieran su desnudez y las pieles de zamarro con que ellos y sus hijos se abrigaron, para evitar las inclemencias del cielo, habrían de convertirse, andando los tiempos, en tantas, tan variadas, ricas y hasta maravillosas telas, y que ellas habrían de causar tales quebraderos de cabeza á sus sucesores?

Pasemos por alto y dejemos á más profundos investigadores, buscar el origen de aquellos tejidos y lienzos preciosos, del color rojo del jacinto, de que hablan las escrituras santas; olvidemos la púrpura de Tiro, teñida con la sangre del múrice, y demos de barato las costosas telas de la Sérica, que para su adorno hacían venir de tan lejanos países las fastuosas matronas y emperatrices romanas.

Pero entretendremos el ocio presentando algunas muestras de telas usadas en nuestra España, allá por el siglo XVII, labradas unas en el país, que podían competir con las mejores en su clase de otros extranjeros, entonces no tan aventajados sobre el nuestro, y traídas varias de puntos diversos.

Aquellas damas, que con tanto boato se vestían en sus saraos, ó para lucir en el Prado ó calle Mayor de la corte; los caballeros, en especial los *lindos*, que acudían á las mismas estaciones, y hasta las dueñas y mozas del *vedrío*,

como llamaron á las maritornes, usaron y lucieron telas, cuyos nombres hoy casi desconocemos, y desde luego son muy diferentes de las que ha tomado la moderna industria para el mismo efecto.

Aun de tan dilatado abolengo han llegado á nuestros tiempos el *sayal*, la *jerga* y la *bayeta*, telas de tejido basto de lana, señal en quien las usaba ó de no sobrados recursos ó de luto y tristeza.

Viudos y viudas, era de rigor que usasen de bayeta *monjiles* y *capuces*, prendas las primeras para la mujer, y las segundas para el hombre.

El monjil, como su nombre lo indica, era un vestido semejante á un hábito monacal, que completaban las tocas y el manto.

Al triste motivo de su empleo aludió Quevedo, cuando de la bayeta dijo que era:

> . . . . . sepulturera
> Y gala de los finados,
> Peor si la traen por mí
> Que si por otro la traigo,
> . . . .
> . . . .
> Hojaldre del ataúd,
> Todo pésames y llantos.

Por eso también, refiriéndose á que era tela usada por gente pelona y de poco dinero, la llamó

> Capa negra del ahorro
> Y gravedad de guiñapos.

Los viudos, para demostrar su dolor, tenían que vestir el *capuz*, que era á manera de una capa rozagante con capucha. *Doblar el capuz*, decíase metafóricamente á quitarse el luto, porque entonces doblaban y guardaban aquel triste vestido.

Así el festivo Quevedo decía de uno, ya dos veces viudo, que trataba de casarse de nuevo, contando con enviudar presto la vez tercera, «que fiado con su mala condición y endemoniada vida, piensa *doblar el capuz* por poco tiempo (1).»

En verso hacía decir á otro, que había tomado como á destajo el casarse, enviudar y volver á casarse:

> Siete veces fuí casado,
> Siete *capuces* he roto,
> Y me siento tan marido
> Que pienso ponerme el ocho (2).

Pero las viudas jóvenes, las que aspiraban á encender otra vez la antorcha de Himeneo, trocaban la bayeta burda en crujiente *gorgorán*, que era otra tela de lana con cordoncillo, habiéndola también de seda, y de estas viudas era aquella de la comedia de Tirso, que trocaba

> En *gorgorán* la *bayeta*,
> Porque el peso la hace mal (3).

Entre las *estofas* (4) baratas, había dos económicas, y que, aludiendo á su mucha duración, habían recibido los nombres de *sempiterna* y *perpetuán*.

Un personaje de un entremés de Quiñones dice festivamente, refiriéndose á una suegra y una tía, medio inmortales:

> Si os queréis vestir de dura
> De estas dos *telas* sacad,
> Que la suegra es *sempiterna*
> Y la tía *perpetuán* (5).

Y en otro entremés se dice de un marido muy posma, que:

> A poderse *vestir* de una visita
> Paréceme que fuera gala eterna,
> Y se llamara tela *sempiterna* (6).

Para forros y otros empleos semejantes, gastábase, ya



EN EL BAÑO, cuadro de H. Siemiradzky, grabado por Bong

el burdo *angeo*, hecho de estopa, ya el *fustán* ó el *bocací*. Este habíalo de varios colores, era con lustre, parecido á lo que ahora llaman *percalina*. Uno de los estudiantes con quienes topó D. Quijote luego de dejar el pueblo de D. Diego de Miranda, llevaba su escaso equipaje envuelto en un lienzo de *bocací verde*.

El de color negro, que era el más común, gastábase muy especialmente para túnicas de disciplinantes, que eran aquellos que por devoción, y aun más por ridícula, sino impía, vanagloria, iban en las procesiones desnudos de medio cuerpo arriba, dándose disciplinazos en las mondas espaldas, hasta hacer brotar la sangre. Esto había quien lo hacía por agradar á su dama y á petición suya. ¡A tanto pueden llegar las aberraciones!

Ridiculizando como merecía este desatino, decía Quevedo, por boca de un galán marrajo:

> Penitencia me mandó
> Que hiciera el divino dueño
> Por quien, de Dios olvidado,
> Sólo de mi mal me acuerdo.
> Dice que gustara mucho
> De verme en *bocací negro*
> . . . .
> Me diese diez mil azotes
> Con buena túnica y recios,
> . . . .
> . . . .
> Y en galeras me los den
> Si yo en pegármelos pienso.

Entre las telas blancas usadas para tocas, enaguas y golillas estaban las llamadas *chicha y nabo*, de la que dijo Quevedo que «tenía humos de olla casera,» la *beatilla*, para fregatrices y busconas del baratillo, el *caniquí*, el *ruán* ya más fina, y sobre todo el *cambray* y la *holanda*, debiendo estas tres últimas sus nombres á las ciudades y países de donde procedían.

El *picote* era asimismo tela de escasa valía, como que solía venderse á uno ó dos reales vara; así una comedianta de aquel tiempo decía de otra que, para cantar, tenía

> Una vez baratillo
> Como *picote de á real* (7).

De esta modesta tela solían vestir hábito las que deseaban hacer penitencia, y así en la *Dorotea* de Lope de Vega, dice Gerarda que aquella hermosa dama, por promesa, traía un *hábito de picote*, cuando solía arrastrar *Milanes* y *Nápoles*, refiriéndose á los *brocados* y *terciopelos* que labraban en aquellas ciudades italianas.

Dos ciudades españolas tenían entonces fama de producir excelentes paños, y eran Cuenca y Segovia. Célebres se hicieron también los operarios que en sus fábricas trabajaban, y por antonomasia se llamó á los *pelaires* ó cardadores *la gente de la carda*, que dejó bien sentada la nombradía del famoso *Azoguejo* de Segovia, barrio que, en punto á las aventuras de picaranzona, competía con los *Percheles* de Málaga, el *Compás* de Sevilla y la *Rondilla* de Granada, así que el tantas veces citado Quevedo, dijo de los *mancebitos de la carda* que eran:

> Matadores, como triunfos,
> Gente de la vida hosca,
> Más pendencieros que suegras,
> Más habladores que monjas.

Entre los pasajeros de la venta que mantearon al desdichado Sancho Panza, estaban cuatro *pelaires de Segovia*, que como los agujeros del potro de Córdoba y los vecinos de la heria de Sevilla, eran *gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona*, al decir del manco de Lepanto.

En Cuenca se labraba el paño que, por su origen, se llamó *palmilla de Cuenca*, y aunque lo había de varios colores, tenía renombre la palmilla azul.

Empleábanlo las mujeres para *manteos ó basquiñas*, y así la vieja Gerarda, en la *Dorotea* de Lope, pide á don Bela que le regale un manteo de *frisa* ó de *palmilla*.

De la palmilla roja habla Tirso de Molina, cuando en su comedia *El rey Don Pedro en Madrid*, dice Elvira:

> De *palmilla carmesí*
> Sayuelo y basquiña saco,
> Que los tiñó la vergüenza
> De competir con mis labios.
> *(Act. 1.º, esc. III.)*

De la *palmilla verde* hizo mención Cervantes, cuando dijo que la hermosa Quiteria, al ir á casarse con el rico Camacho, vestía, no aquel paño, sino *terciopelo de treinta pelos*.

Segovia cobró renombre con su encarecido paño *limiste*, y entre todos los fabricantes distinguióse *Meléndez*, cuya marca ostentaban los tercios en sellos de plomo, *arremetiéndose á bula*, según el mencionado escritor satírico.

Había limiste de Meléndez que se pagaba á *diez ducados* la vara, y solamente se atrevía á competir con el celebrado *refino*, que así era también llamado por excelencia, el *paño de Londres*.

En *El Donado hablador*, se dice que cuando se quería mencionar un buen paño se nombraba el de Londres, ó el buen *refino negro* de Segovia, «por labrarse en ella los mejores paños que se fabrican en España» *(cap. V)*.

Aquí mencionaré la *raja*, tela asimismo de lana, que se labraba también en Segovia y servía para trajes de hombre: la más estimada era la *raja de Florencia*, sin embargo de que tenía el inconveniente de que la manchaba el agua ó

> Que en ofenderse del agua
> Remedaba á los borrachos,

como también dijo Quevedo. Por cierto que el licenciado

---

(1) *El mundo por de dentro.*
(2) Romance que principia: «La que hubiere menester, etc.»
(3) D.ª Bernarda, en *Por el sótano y el torno.*
(4) La palabra *estofa*, sinónima de tela, también usada, parecería hoy galicismo flagrante. Sin embargo, en artes se llama *estofado* el vestido de las imágenes de madera, cuando el escultor imita las labores y bordados en colores y oro y plata de las telas, dándoles cierto realce, como hacían los imagineros antiguos.
(5) En *La visita de la cárcel.*
(6) En *El marido flemático.*
(7) Quiñones de Benavente. *Jácara* escrita para el comediante Bartolomé Romero.



BAILARINA EGIPCIA, cuadro de L. C. Muller

Pero Pérez, en el escrutinio de la librería de D. Quijote, decía irónicamente que preciaba más haber hallado *Los diez libros de Fortuna de amor*, de Antonio de lo Fraso, poeta sardo, que si le dieran *una sotana de raja de Florencia*.

Pero habré de hacer caso omiso de la *capichola*, el *burato*, la *anasaya*, el *paño de Baeza*, el llamado *pardo* y otras telas de lana, para hablar, aunque rápidamente, de algunos tejidos de seda y otros con urdimbre de plata y oro.

En primer lugar campea el *brocado*, en cuya exquisita labor Milán llevaba la palma; debía su nombre á las *brocas* ó rodajuelas en que se colocaban los hilos y torzales de oro y plata de que se hacía. El más estimado era el de *tres altos*, y se llamaba así la urdimbre que daba un especial relieve á sus dibujos.

Pero esta costosa tela apenas se usaba ya en el siglo XVII y

Fué gala con su martín
Del rey que murió rabiando,
Y para las fiestas recias
Bohemio de Carlo Magno.

Más en boga estaban, el *tabí* de plata ú oro, la *lama* también de plata, y la *primavera*.

Del tabí y la lama decía donosamente el entremesista Quiñones (1):

¿Qué invención ó qué tela es esta, *lama*,
Mujeres, que á los hombres afligidos,
A pura *lama*, los dejáis *lamidos*?
¿Qué *tables* son estos que se usan,
Que por daros tabí, damazas bravas,
Ellos se quedan en las puras tabas?
¿Qué *telas escarchadas* son aquestas
Que dejan con su escarcha, cruel verdugo,
Una bolsa más tiesa que un besugo?

De tabí de oro eran las sayas de las pastoras fingidas, en cuyas redes quedó ligado D. Quijote, luego que salió del palacio de los duques.

La *primavera* debía su nombre á su labor de flores de colores vivos, como era la saya ó manteo de Dorotea *(Act. 1.º, esc. V)*. Aludiendo Quevedo á que cierta buscona le pidió un corte de vestido de *primavera*, decía:

La niña me pidió *cortés*,
Como si yo fuera rey,
Primavera por enero,
Que no la tiene Aranjuez.

Pero el temor de extenderme demasiado me hace poner punto á esta tarea, sin hablar de *brocateles*, *telillas*, *guadamaciles*, *rasillos*, *damascos*, *gurbiones* y otras y otras telas varias, y también sin decir algo de las leyes que determinaban el rodeo ó ancho de las sayas, el escote (no descote) ó *degollado* de los jubones y qué personas podían gastar en sus trajes el oro y la seda.

(1) En el entremés de *Los barceres*.

Arrumbemos estas antiguallas, cuyo dominio pertenece de derecho á la polilla, el polvo y las telarañas, supuesto que no son ya hoy, aun en el gabinete del anticuario, otra cosa que verdaderos *trapos viejos*.

JULIO MONREAL.

NOTICIAS VARIAS

LOS TRANVIAS ELÉCTRICOS DE LA LÍNEA MADELEINE-LEVALLOIS EN PARÍS. – Desde hace algunos meses existe en París una línea de tranvías eléctricos que funcionan entre la Magdalena y el suburbio Levallois-Perret. He aquí algunos detalles de esta instalación.

Debajo del coche va colocado un motor eléctrico del sistema Siemens que da 1.600 vueltas por minuto: el movimiento se transmite á las ruedas por medio de una cuerda sin fin y de un engranaje que reducen la velocidad en una proporción de 26 á 1. El cambio de sentido del motor se obtiene con un dispositivo á doble escobilla en forma de V; una sola rama de cada escobilla toca al colector, pudiéndose hacer mover las escobillas de arriba abajo, gracias á una palanca. Las ramas que están en contacto con el colector están algo levantadas y las otras dos vienen á apoyar en un ángulo de 90º, cambio que hace que el sentido de la corriente, y por ende la dirección, resulte invertido en las bobinas. El coche pesa 3.500 kilogramos, lleva 1.620 kilogramos de acumuladores y puede transportar 50 viajeros. La energía eléctrica necesaria la proporcionan 108 acumuladores, sistema Faure-Sellon-Wolckmar á placas gemelas, de 15 kilogramos de peso, ó sea un total de 1.620 kilogramos para toda la batería. Un conmutador especial puesto al alcance del conductor permite hacer cuatro empalmes distintos, según la fuerza que se haya de gastar; á este efecto, los acumuladores están repartidos en cuatro grupos que pueden ser empalmados en las formas siguientes: 4 en cantidad, 2 en cantidad y en tensión, 3 en tensión y 1 en cantidad con uno de los grupos precedentes y 4 en tensión. La velocidad normal es de 11 kilómetros por hora: para lograrla es precisa una potencia eléctrica de 3'2 kilowatts en un camino horizontal, de 5'8 en una pendiente de 1 por 100 y de 8'4 en una de 2 por 100. A medida que la pendiente va en aumento, la velocidad naturalmente disminuye: á 9 kilómetros por hora y en una pendiente de 3 por 100 la potencia necesaria para mover el vehículo es de 9'2 kilowatts y en una de 4 por 100 de 11'4; á 5 kilómetros por hora y en una pendiente de 5 por 100 es de 7'6 kilowatts y á la misma velocidad en una pendiente de 5'5 por 100 de 8 kilowatts.

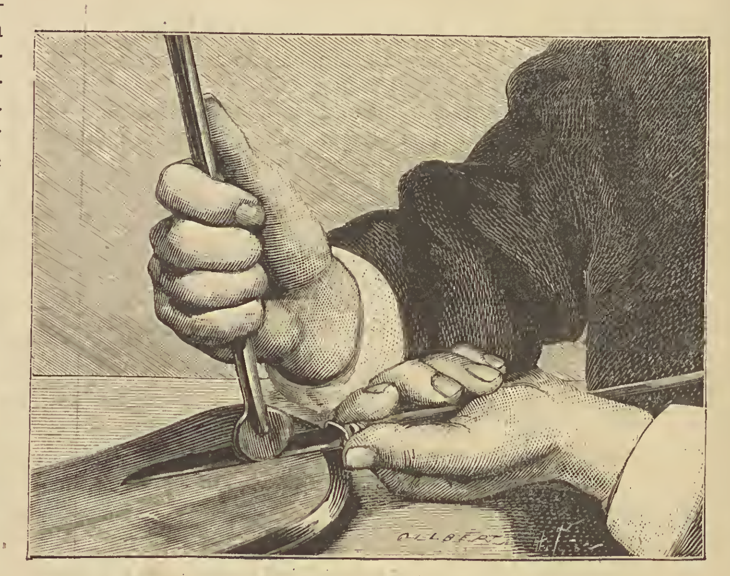
* * *

LA PRODUCCIÓN DE LA SEDA EN EL MUNDO. – El *London and China Telegraph* ha publicado el siguiente cuadro comparativo de la producción media de seda, de 1882 á 1889, con la que se calcula para 1889 á 1890.

	Término medio 1882 á 1889	Cálculo para 1889-1890
Francia.	12,343 balas	11,000 balas
Italia.	63,357 »	54,000 »
Levante.	12,971 »	12,000 »
China.	50,014 »	60,000 »
Japón.	32,800 »	58,000 »
Cantón.	18,400 »	15,000 »
Bengala.	4,900 »	3,000 »
Otros países. . . .	4,886 »	5,000 »

FÍSICA SIN APARATOS

UN PROCEDIMIENTO DE IMANTACIÓN. – Tómese un cuchillo de bolsillo ó de mesa y con unas tenazas de chimenea frótese con fuerza y siempre en la misma dirección, de arriba abajo, la hoja colocada sobre el dorso de una pala, tal como indica el grabado, cuidando de hacerlo más fuertemente en el extremo y de volver de cuando en cuando la hoja para que la fricción se extienda á los dos lados de la misma. Después de haber frotado así por espacio de cuarenta ó cincuenta segundos, la hoja queda imantada y puede levantar una aguja ó una pluma de acero.



Modo de imantar un cuchillo con una pala y unas tenazas de chimenea

El fenómeno de imantación se conserva durante mucho tiempo, habiéndose observado que la punta del cuchillo imantado por este procedimiento mira al polo Norte.

(De *La Nature.)*

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN